

Cuando me di cuenta que amo Hanoar

Victoria Grunberg- Uruguay

Siendo sincera, a mí antes no me gustaban demasiado las tnuot. Desde chica, cuando se consideraba lo más popular ir a una tnua, y preferiblemente una grande con muchas personas, yo elegía quedarme haciendo cualquier otra cosa los sabados de tarde, a ir a esos lugares llenos de gente y en los que no me sentía cómoda. Había probado un par de veces ir a las tnuot grandes, estar en kvutzot de 50 personas y hacerme un grupo grande de amigos, pero nunca terminé de hacerme mi lugar en ninguna de ellas, nunca hice mi espacio, así que me rendí por un tiempo, y decidí que quizás no era para mí.

Recien cuando tenía 11 años, todas mis amigas comenzaron a ir a una tnua chica y de la que yo había escuchado poco, pero a la que decidí darle una oportunidad, Hanoar Hatzioni. Fui un poco pesimista al principio, creyendo que no iba a ser diferente a las demás tnuot, que para mí, no tenían nada de especial.

Fue ese sábado de tarde, mi primero en el ken, cuando de repente me di cuenta que había encontrado el lugar que siempre había estado buscando. Me encantó estar en una tnua que no fuera tan monstruosa, tan llena de gente, y sin pasar desapercibida. Mi kvutza se volvieron mis amigos, me creé un lugar en el que me sentía bien, me divertía y aprendía, y desde ese día no me arrepiento de mi elección.

Pero, a pesar de que me encantaba Hanoar, por alguna razón tenía muy claro que no iba a llegar más allá de ser una janija. Para mí, mi ciclo tnuatí, iba a terminar cuando tuviera que entrar a la bogrut, tomar responsabilidades y lo que más me daba miedo, ser madrija. Estaba totalmente convencida de este hecho, y yo lo decía en voz alta, porque sentía que nadie me podría hacer cambiar de opinión.

No fue hasta que asistí a mi primer Majon Joref en el año 2008, que me di cuenta lo equivocada que estaba. Hasta ese momento, para mí Hanoar Hatzioni era una tnua chica en Uruguay, y nada más. Sabía que existía en más países del mundo, pero no comprendí la magnitud de este hecho, hasta que estuve en mi primer mifkadesh, cantando por mi tnua, con más gente de los que solo conocía de Uruguay. En ese momento, de pie al lado de más de 150 personas, me di cuenta que todos habíamos tomado la misma decisión en algún momento en nuestras vidas, todos habíamos elegido a Hanoar.

Creo que en ese instante, algo se removió dentro mío, y la tuve muy clara: yo me tenía que quedar en la tnua todos los años que pudiera. De repente no me importaron las responsabilidades, y no podía esperar más por ser madrija, todo lo que quería era seguir perteneciendo a este movimiento, trabajar por él de todas las formas que pudiera, y seguir sintiendo ese sentimiento tan raro y tan único que sentí en el mifkadesh.

Esa noche canté hasta que me quedé sin voz, no dormí nada porque prefería quedarme despierta con toda la gente que había conocido, y más importante, tomé la decisión que me define hasta hoy en día. No me arrepiento de haberla tomado, porque años después me siento

orgullosa de pertenecer a esta tñua, todavía la amo con la misma intensidad, y aún siento que no quiero que se acerque ese final, el cierre de mi ciclo y tener que dejar atrás esta etapa.

Desde ese joref, siento que la tñua me dio muchas cosas, y me ayudó a moldear la persona que soy hoy. Aprendí a tomar responsabilidades desde chica, a trabajar en conjunto y por un mismo objetivo, a ser creativa y a ser diferente. Me incentivó a proponerme retos y a intentar cumplirlos de la mejor manera posible, a superarme a mi misma, y a ser una líder.

Creo que de no haber asistido a ese Majon Joref, de no haber conocido a tantas personas increíbles, haber tenido excelentes madrijim, y de no haber estado presente ese mifkadesh, quizás ahora no estaría donde estoy. Ese momento fue crucial para mí, para entender a donde pertenezco, y a donde voy a pertenecer siempre.